

○ CALZANDO LA HISTORIA

Si los ojos son la ventana del alma, los zapatos son la puerta de ingreso al yo: sabiduría, fantasía, sensualidad, utilidad o frivolidad, su desarrollo a través de la historia --desde las sandalias del Sr. Neanderthal hasta las botas de Mr. Neil Armstrong--, ha sufrido tantas metamorfosis como edades tiene el globo terráqueo. Aquí una apretada síntesis de los hechos.

Put on your red shoes and dance the blues
David Bowie

Como todos los acontecimientos humanos de importancia capital, el asunto ocurrió al despertar: al homínido, despabilándose en aquel anaranjado amanecer de la edad de piedra, se le abrió un horizonte que se repetía hasta el infinito. El mundo era plano, sí, pero agreste. De modo que sus ímpetus recolectores y cazeros entraban en conflicto a la hora de establecer contacto con la puntiaguda geografía. Así es como en la quietud paleolítica de su hogar (masticando carne cruda en una de esas cavernas que hay entre España y el sur de Francia) tejió una plantilla vegetal y la comunicó a su empeine con un par de cuerdas.

Parece que deambuló así algunas centurias, pues nos informan que en Mesopotamia (1600-1200 a.C.) ciertos montañeses de la frontera iraní tuvieron la excelente idea de dar forma al primer mocasín, un amasijo de troncos y raíces, que, por cuestiones de estética longitudinal, los egipcios tuvieron que verse en la obligación de modificar: avispados, hundían los pies de Tutankamon sobre arenas mojadas para determinar la extensión precisa.

Las chancletas egipcias eran de paja con lazos trenzados de hojas de palma para uso exclusivo de dioses y príncipes (un hombre con chancletas tenía la sangre azul). Pero como Keops, la pirámide social fue desplomándose: tiempo después la sandalia empezó a ser muy común entre la gente que sabía morir. Por lo demás, la diferencia entre la estética sumeria y la egipcia sólo fue espacial: en Mesopotamia el zapato era estrecho con una punta alargada que miraba a las estrellas. Pero hay consenso en que éste es el primer shoe fashion.

ooo

El pináculo social griego también caminaba en sandalias. Empero, parece que su uso se hizo extensivo a nivel castrense (Homero señala que los soldados las usaron en los sangrientos combates de Trojan). Por su parte, Praxiteles muestra a Hermes, mensajero de los dioses, con una sandalia con alas y algunos zapateros sostienen que Afrodita es una diosa no porque siempre aparece desnuda sino a causa de la coqueta sandalia que la cubre.

Más adelante, durante el período clásico, los griegos gastaron el persikai, deslizador flexible de origen persa de amplia difusión entre damas y caballeros que se arremolinaban entorno a Aristóteles. Por entonces (siglos V-VII a.C.) la moda vestía de terracotta rojo con diseños negros.

Pero, como en muchas otras cosas, los romanos hicieron florecer el arte de proteger las extremidades: el emperador Adriano (117-138 a.C.) prohibió el tránsito en la ciudad en chinelas (la planta del pie únicamente sostenida por cordones laterales): lo correcto era hacerlo en calceas, prenda de mayor linaje gracias a sus intrincadas correas calzando el tobillo; además, venía en modelos de talón abierto o cerrado. O, igual que los patricios, podían ponerse mulleas, que llevaban una coqueta hebilla en el empenie y un rosón entre las correas.

A su turno, Aurelio (270-275 a. C.) dispuso que las mujeres decoren sus calzados con piedras preciosas y que los guerreros dibujen la cara del enemigo en la planta de sus zapatos (técnica de sumisión que sigue vigente entre algunos amantes contemporáneos).

Es a exigencia de las sufridas piernas cuando, desde las profundidades del Rhin germánico y hacia el período Carolingio (Siglo VII), aparece la polaina, un salvaje zurcido de cueros que ascendía hasta los tobillos. Como siempre, al principio permitía pisar con firmeza los salones de la alta sociedad, pero durante siglos (XIII al XV) tuvo problemas con las puntas. Por eso, en 1305 el inglés Eduardo I dictaminó que los llamados crakows debían ser de 2.5 cm., mientras Eduardo III redactó una ley para que no superaran los 5 cm. Ricardo II (1377-99) solucionó fácilmente el entuerto: redondéenlos, dijo.

ooo

Cuando la extravagante poulaine cayó en deshonra, el zapato chato entró a tallar en los pies de orgullosos jinetes, pues evitaba que se escurrieran del estribo. Y como el talón otorgaba un equilibrio fino, antes de que acabe el siglo XVI presentóse en escena una novedosa turgencia: el taco. Creció tanto el invento que las encopetadas europeas renacentistas se deslizaban a 7 pulgadas sobre el nivel de la tierra, balanceándose con bastones para superar la gravedad, mientras los concupiscentes cortesanos de Luis XV se aplicaban en la decoración de tacos con lúbricos motivos. Pero la revolución francesa no tuvo ninguna misericordia con el talón, así que con el fracaso de la monarquía el taco también se desplomó.

Así llegamos al siglo XVII, cuando las polainas eran decoradas con rosetas y lazos en rizos. En la centuria siguiente, bucles de oro y plata envolvieron los delicados escaarpines de ornamento. La alharaquenta cuestión, que despuntaba entre París y Londres en el siglo XIX, fructificó en la joven América. Avida de fashion, empezó imitando, pero cuando en Massachusetts se inaugura la primera fábrica de tacos altos (1888), el prodigioso desarrollo industrial derivó tanto en la democratización del zapato como en su portentoso ingreso al siglo XX.

ooo

Los años 20 reivindicaron el valor de la sandalia, los zapatos de obrero, los deportivos o las pantuflas, pero la evolución del calzado en este siglo tuvo mucho que ver con el ascenso de la falda: en vista de que la basta fue ganando pierna, unos pies cada vez más expuestos eran el territorio ideal para desarrollar esas vibrantes oleadas que remecieron las veredas del orbe. El barroco y el rococó, en seda y terciopelo, elevaron el talón; sin embargo, la gran inflexión ocurre en los 50, con la llegada del stiletto, que, al desplazar el centro de gravedad hacia delante, inyectó el indispensable componente erótico a la calzada: develaba algo más que la curvatura del empeine.

Nada impidió el desarrollo del zapato: si en las guerras mundiales toda la producción de cuero estaba en el frente, siempre quedaba la tela, la celulosa o el nylon. Además, es fuente inagotable de fascinación, reflejo de status o de actitud ante la vida: nótese la diferencia entre el escaarpín de un yuppie y el Doc Marten --mortífero chancabuque con punta metálica-- del skinhead; o entre las botas de Neil Armstrong, los botines de Ronaldo o las plataformas aéreas en las que levita Kate Moss. Pero creo que no hay nada mejor que viajar a bordo de un par de chancletas de hemp.

Czar Gutierrez